



www.loqueleo.com

© 2004, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-697-2

Derechos de autor: 019644

Depósito legal: 002664

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2004

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Enero 2017

Vigésima cuarta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Marco Chamorro

Diagramación: Carlos García

Supervisión editorial: Angélica Peñafiel

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Cupido es un murciélago

María Fernanda Heredia

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleto



*A Javier,
que escucha
mis historias
de ángeles
y murciélagos.*

*A Isabel,
mi compañera,
mi cómplice,
mi abuela.*



Javier.....	13
Ángeles.....	45
Isabel.....	71
El amor.....	129
El final.....	165
Biografía.....	171
Cuaderno de actividades.....	173

Muestra

Fue a primera vista, lo sé.

Cuando abrí la puerta y la miré, ella estaba frente al espejo acomodándose un mechón de pelo que le caía sobre la mejilla. Volteó su rostro, abrió los ojos sorprendida y caminó hacia mí.

A un metro de distancia se detuvo, igual que mi respiración y mi corazón, hizo una mueca casi imperceptible con el labio superior y luego gritó:

“¡Largo de aquí, tonto, este es el baño de mujeres!”

De inmediato me lanzó un portazo en plena nariz; y el golpe resultó tan, pero tan fuerte, que me provocó un abundante sangrado durante algunos minutos.

Aquel día aprendí dos cosas muy importantes: la primera, que el baño de hombres era el que quedaba junto a la cancha de fútbol, y la segunda, que el amor, cuando llega, puede golpear las puertas del corazón y, de paso, la nariz.



Muestra
promocional

Javier

**Prohibida
su venta**

© Santillana



14 Me llamo Javier, pero eso a pocos les interesa. Mamá me dice «pequeño»; papá, «campeón»; la abuela me dice «lagartijo»; y en el colegio todavía hay quien me llama «el nuevo».

Pero en realidad no soy tan nuevo: tengo doce años y, aunque sigo haciendo uso de la misma cara y la misma voz que cuando tenía once, ya he comenzado a pagar el boleto de adultos cuando voy al cine.

De entre los 28.419 colegios que deben existir en esta ciudad, mis padres decidieron matricularme en el Instituto Educativo 1 de Marzo. Qué nombre tonfo, ¿verdad? «Instituto Educativo 1 de Marzo».

Tan pronto llegué, el primer día, le pregunté a una maestra por qué el colegio se llamaba así. Pensé que quizá se trataría del homenaje a una fecha cívica, de esas en las que todos tenemos que acordarnos de alguna guerra, de una batalla. Pensé que tal vez sería la fecha de nacimiento de algún prócer famoso, de esos que usaban patillas gordas y tenían cara de billete. Pero no,

resulta que el 1 de marzo es la fecha en que recordamos el cumpleaños del bisabuelo del licenciado Seco. ¿Y quién es el licenciado Seco? Es el director que, a su vez, es el bisnieto de su bisabuelo, que fue el fundador de este colegio. Entonces imagino que, cuando esa fecha llegue, todos, formados en alguna cancha, cantaremos una canción de «feliz cumpleaños a ti» que seguramente tendrá pinta de himno ceremonioso.

El colegio se ha construido alrededor de lo que alguna vez fue la casa del bisabuelo Seco, un señor que, ahora lo sé, se llamó don Temístocles Seco. Supongo que ese es el motivo por el que sus familiares decidieron bautizar a la institución con una fecha de cumpleaños y no con el horrible nombre que le tocó al pobre señor.

¿Cómo se hace para sobrevivir con un nombre así? Casi puedo imaginar el panorama de pavor: «Temístocles, ¿ya hiciste la tarea?», «Teemis, la cena está lista», «Temístocles y María se aman». ¡Qué horror!, hay ciertos nombres que deberían estar prohibidos en la Constitución de la República y en el *Manual de nombres para recién nacidos* (si este no existe... podría ser una buena idea que a alguien se le ocurriera inventarlo, ¿no?).

Bueno, continuó con el colegio. La casa principal es inmensa, una mansión antigua que tiene más

de diecisiete habitaciones, lo repito: ¡más de diecisiete habitaciones! Parecería que al bisabuelo, además de fundar colegios, le gustaba tener hijos. O, tal vez, llegó a tener tantos hijos que le resultó más económico abrir un colegio propio para que la familia tuviera dónde educarse.

En el jardín existen tres edificios adicionales, más modernos que los anteriores. Son edificios blancos y sin mucha gracia, con tres pisos llenos de ventanas cuadradas.

Existe un detalle curioso o, mejor dicho, estúpido. Me he podido dar cuenta de que en este colegio hay muchos rótulos con mensajes tontos. Junto a los basureros que están desperdigados por todos lados hay un rótulo que dice: «Basurero. Deposite aquí la basura». Pero, claro, si los basureros sirven para eso, ¿o qué se han imaginado?, ¿que están ahí para subirse en ellos y volar a la luna? Junto a la pileta hay un rótulo que dice: «Pileta», bajo el limonero hay uno que dice: «Limonero», y junto a la cancha de fútbol, uno que dice: «Cancha de fútbol». Hay tantos rótulos innecesarios por cada rincón que no me sorprendería que un día de estos me obligaran a llevar uno pegado a la cabeza que dijera: «Niño».

Ser «el nuevo» de la clase no es agradable, pero ya estoy acostumbrado a los cambios. Me he mudado

de casa, de colegio y, un par de veces, de país. Mi papá tiene un trabajo de aquellos en que parecería que el jefe llega cualquier día y dice: «Hey, tú, el de pantalón azul, desde mañana trabajarás en otro país». Entonces empacamos, la casa se vuelve un desastre, asistimos a fiestas de despedida y «borra y va de nuevo».

Mi papá dice que eso es bueno, porque tanto cambio significa que le va muy bien en su trabajo. Mi mamá dice que es bueno porque podemos conocer muchos lugares y a muchas personas. Mi hermano mayor dice que es bueno porque papá y mamá dicen que es bueno, y él nunca discute las opiniones de los mayores. Y yo digo que no me gusta... pero de todas maneras pierdo por tres votos contra uno; por lo tanto, queda claro que mi opinión vale lo mismo que un rábano.

Cuando uno es nuevo en el colegio, todos lo miran como a una cucaracha, con curiosidad y un poco de miedo (o asco). El primer día todos preguntan:

—¿Cómo te llamas?

—Javier.

—¿Con X o con J?

—Con J.

Y esa segunda pregunta jamás tendrá sentido, porque en adelante cada uno y cada una escribirá mi nombre como se le antoje (casi siempre con X, o sea, mal).

Pero lo que está muy bien, cuando te cambias de colegio, es que lo tienes todo nuevo: el uniforme, los zapatos, la mochila, el traje de deportes, los libros, etc. Esto lo saben solo los que, como yo, han sufrido ese fenómeno «hereditario» que padecemos quienes tenemos uno o varios hermanos mayores. En mi caso, he pasado la vida entera usando la ropa que a mi hermano José le va quedando chica. Cuando eso ocurre, mamá aparece con esa sentencia que yo odio:

—Pero si esto todavía está nuevo. Vamos, Javier, pruébatelo para ver cómo te queda.

Entonces yo me pruebo un pantalón larguísimo o una camisa que me llega hasta las rodillas mientras mamá, acomodando alfileres por todas partes, dice:

—Si subimos unos centímetros de este dobladillo y ponemos por aquí una costurita, quedará perfecto.

Y no queda perfecto, porque a mí no me gusta usar la ropa de José... pero nuevamente pierdo por ser minoría.

Mi hermano y yo hemos tenido, desde siempre, las rodillas en diferentes posiciones. No me refiero a que seamos un par de fenómenos que nacimos con las rodillas junto a las orejas y un par de antenas en la frente; lo que quiero decir es que cuando José tenía diez años, las marcas que sus rodillas dejaron en los pantalones nunca fueron las mismas que yo dejé

a esa edad. A él eso no le importa, claro, pero a mí sí, porque yo soy el que hereda su ropa y luzco totalmente desproporcionado cuando las marcas del desgaste de la tela en sus rodillas a mí me quedan demasiado cerca de los pies.

José es más alto que yo. Él tiene quince y se cree el clon de Schwarzenegger, pero la abuela me dice que no debo preocuparme, porque un día yo también creceré y seré mucho más alto que José. Yo siempre he creído en la abuela y sé que ella nunca se equivoca. Un día mediré dos metros y tendré las rodillas mucho más arriba que las de José. Ahí lo quiero ver.

Afortunadamente en esta ocasión no heredaré su uniforme. José consiguió que mis padres lo inscribieran en un colegio diferente al mío, un colegio «musical» de aquellos en los que, además de enseñarle Ciencias y Lenguaje, le dan unas clases de violín y guitarra clásica. Con eso está asegurado que José se convertirá en un concertista y que mis padres seguirán presumiendo en casa cada vez que hay invitados:

—Vamos, José, toca el violín para el tío Carlitos.

José alucina con su público.

Yo... bostezo.

El primer día en un colegio nuevo es siempre una pesadez. Tienes que permanecer varias horas con chicos y chicas que hablan entre ellos, que cuentan lo bien que la pasaron en las vacaciones, que traen fotografías de los lugares que visitaron, y que te miran como si fueras un bicho que se ha escapado del laboratorio de Biología.

Cuando eres «nuevo» nada te quita la sensación horrible de ser algo parecido a un extraterrestre. Te sientes solo, muy solo. Si nadie rompe el hielo y se acerca a ti, solo tienes una opción: hablar con otro «nuevo», cruzar cuatro o cinco preguntas poco importantes, y luego nada, volver al silencio. Pero al menos ya has hablado con una persona y, por si a alguien le quedaba la duda, ya has demostrado que tienes lengua, garganta y dientes, y que sabes hablar el mismo idioma que el resto.

La maestra es una mujer de aquellas a las que resulta imposible calcularles la edad. Podría tener 28 años bastante aporreados, o 55 muy bien disimulados.

Intenta ser cortés hasta convertirse en un ser exageradamente dulzón. Todas sus frases las acompaña con la palabra «cariño»:

¿Puedes limpiar el pizarrón, cariño?

¿Ya aprendiste la fórmula, cariño?

¡Sal de la clase, charlatán insoportable, y no regreses hasta que tus padres vuelvan contigo, cariño!

Se llama Consuelo y no se cansa de repetir con voz aguda y melosa:

—Llámenme Chelito.

Y más vale que luego de esa advertencia todos seamos obedientes. Ambos detalles, lo de «cariño» y lo de «Chelito» pude constatarlos el primer día cuando llegué al colegio y me la encontré en la puerta. Ella estaba dando la bienvenida a padres y alumnos:

—Buen día, señorita Consuelo —le dije.

Ya habíamos tenido la oportunidad de conocernos durante las pruebas y citas previas al inicio de clases. Ella de inmediato me lanzó una mirada fulminante y rabiosa, entonces me dijo:

—No, cariño, ya te dije que Consuelo no...

—¿Clemencia?

—¡No!